TEMAS ESPAÑOLES

2 pts.

ALVARADO

TEMAS ESPAÑOLES

Núm. 185

PEDRO DE ALVARADO

Por

FRANCISCO MORALES PADRON

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS
O'DONNELL, 27 - MADRID
1955

PEDRO DE ALVARADO

DRAMATIS PERSONA

LA pura consideración de la Historia como algo *causal* exige la desaparición del individuo en ella. Lo individual, puesto que es incalculable, pide su eliminación total o parcial del acontecer histórico. En la Historia de la Conquista de América habría que suprimir a personajes como Hernán Cortés o Pedro de Alvarado, fuertes individualidades, porque estorban al principio de la ley histórica. Pero esto se hace difícil, por no decir que imposible. Entonces es cuando tenemos que explicarnos el fenómeno Mendoza o el fenómeno Coronado en relación con sus circunstancias o condiciones políticas, sociológicas, espirituales, económicas, etc., que le han determinado.

Lo decisivo y básico del minuto en que estos personajes vivieron es la fuerza que España proyectaba como prolongación de la Reconquista, o como consecuencia del mercantilismo de la época, o por el ansia de hallar la especiería y las riquezas soñadas. Todas estas condiciones hubieran dado lugar no sólo al descubrimiento de América, sino al proceso de la conquista del Perú o Colombia, aunque Francisco Pizarro o Gonzalo Jiménez de Quesada no existieran. Se hubiera producido por otros medios quizá, pero se hubiera dado sin falta.

El hecho de la Conquista es colectivo, tarea de masa, aunque tengamos siempre que acabar en la unidad hombre. Y es mucho más fácil explicarnos por qué cae el Tahuantinsuyo peruano, o por qué España decide fundar en el Río de la Plata, que por qué Balboa se metió en un tonel. Los dos primeros fenómenos son más accesibles de explicación o de hallarles una respuesta lógica que al segundo hecho. En los primeros casos hay una causalidad que se apoya en fenómenos económicos, religiosos, geopolíticos, etc. En el segundo se hace difícil penetrar en el ánimo de Balboa para darnos respuesta.

Esto no quiere decir que prescindamos de las individualidades y que le demos un empujón a los capitanes de la Conquista, como Cortés, Alvarado, Belalcázar,

Federman, etc., para sacarlos fuera de la Historia de ella. Imposible echar al individuo de la Historia, y menos en el cuadro de la Conquista, que viene a ser como una biografía enorme integrada por muchas biografías de individualidades. Imposible esto, pero sí recalcar que, junto a esas unidades humanas destacadas, hay unas circunstancias estimulantes y una masa humana que les impele en muchas ocasiones. Si mencionamos el caso de Colón, buscando las especies por una necesidad de la época; o el de Irala, retrocediendo coaccionado por los Oficiales reales; o el de Orellana, prosiguiendo la navegación amazónica, forzado por sus compañeros y por el río, etc., tendremos más cabal idea de lo que deseamos expresar. Con esto, el individuo gana, ya que muchos de sus actos, de sus responsabilidades, quedan asignadas también a la colectividad que le circunda. Ya no se achaca a Pizarro exclusivamente la muerte del Inca, o a Valdivia la independización del Perú, por ejemplo. Cargan también con la culpa las huestes que iban con esos jefes.

Desde el siglo XVI, dos cronistas de Indias tomaron esta doble actitud: por un lado, Gómara, con una concepción a lo Carlyle de la Historia; por el otro, Bernal Díaz, demostrando la importancia que tuvo en la conquista de Méjico la intervención y decisiones de la masa que rodeaba al capitán extremeño. Ni uno ni otro extremo; pero sí tener en cuenta que en el andamiaje histórico de los conquistadores actuaron impulsos sociales, económicos, etc., y que ellos pudieron llevar a cabo su obra teniendo en cuenta esas fuerzas y otras, más la colectividad que le rodeaba y que estaba impregnada también de las influencias del momento.

Con este umbral previo podremos adentrarnos ya en la vida de Pedro de Alvarado, compañero de Cortés en la Conquista de Méjico, actor en otros escenarios bélicos del Nuevo Mundo, y capitán, el primero, de la Conquista Centroamericana (Guatemala y El Salvador).

Este Pedro de Alvarado fué —para empezar— aquel que, al decir de Garcilaso Inca, subió a la Giralda, en vísperas de zarpar para Indias, e hizo una pirueta circense en una viga de madera que salía al exterior de la famosa torre. También se le achaca a otro héroe esta proeza, pero ninguno como este extremeño, que exigió el cambio de decorados por cinco veces para desarrollar la obra portentosa de su vida. La primera vez fué en la España de entonces.

Al norte, en el lugar de la Secadura, Merindad de Trasmiera, provincia de Santander, tuvo su cuna la familia Alvarado. De ella, un ramal se trasladó a Extremadura (Badajoz), donde Gómez de Alvarado casó, en segundas nupcias, con doña Leonor de Contreras, de la que tuvo a los gemelos Pedro y Sarra, y a Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan.

Ya tenemos al personaje: Pedro de Alvarado; pero hemos de lamentarnos al no conocer casi nada, por no decir nada, de sus años mozos. Sabemos, sí, de sus dotes como equilibrista, y sabemos también cómo era físicamente: «... de muy buen cuerpo y bien aproporcionado, e tenía el rostro e cara muy alegre, e en el mirar muy amoroso, e por ser tan agraciado le pusieron por nombre los indios mexicanos Tonatio, que quiere decir el Sol; era muy suelto e buen jinete, y sobre todo ser franco y de buena conversación, y en el vestirse era muy polido y con ropas costosas e ricas; e traía al cuello una cade-

nita de oro con un joyel e un anillo con buen diamante.» Lo dice Bernal Díaz, su compañero.

Claro que no siempre iría así en su atuendo, pero sí siempre mostraría el carácter que se nos pinta, y que López de Gómara, otro cronista que no estuvo en Indias, completa escribiendo: «Era un hombre suelto, alegre y muy hablador, vicio de mentirosos.»

Apenas necesitó el primer decorado, el peninsular, este hombre, porque —oímos a Fernández de Oviedo— «Con una espada y una capa pasó mancebo a estas partes (Indias) a buscar la vida, como suelen hacer los hidalgos e hombres de honra.»

¡Como suelen hacer los hidalgos e hombres de honra! Qué exacto, y qué réplica a aquel Alvaro, personaje de «El Maestre de Santiago», creación del francés Henri de Montherlant, que en el acto I, escena IV, clama: «Todo lo que se refiere al Nuevo Mundo es impureza y basura. El Nuevo Mundo corrompe cuanto toca. Y la horrible enfermedad que nuestros compatriotas contraen allí no es más que el símbolo de esta podredumbre. Algún día, cuando se quiera honrar la memoria de un hombre, se dirá: No tomó parte en las empresas de Indias.» No, nunca llegó ni llegaría tal día. El vaticinio del Maestre de Santiago es tan falso como el tipo humano que en él se le ha querido encarnar.

Alvarado, el rubio Pedro de Alvarado, «caballero militar del hábito de Santiago», pasó a Indias y participó, como ninguno, en cuatro teatros bélicos, adquiriendo gloria.

No creamos que es tan fácil ir al Nuevo Mundo. En un principio lo es, pues desde abril de 1495 se autorizó a todos los súbditos de Castilla a embarcar, aunque bajo ciertas condiciones. Con Felipe II, concretamente desde 1546, se dispone que para dirigirse a la otra orilla atlántica es necesario contar con una licencia. Se excluyen a los extranjeros, con excepciones; a los recién convertidos de origen moro o judío; a los reconciliados ante la Inquisición e hijos; a los descendientes de los que han sido quemados por el Tribunal del Santo Oficio; a los que no fueran naturales de los Reinos de España y a los esclavos blancos y negros. La Casa de la Contratación, organismo de comercio y navegación, fundado en 1503 y sito en Sevilla, quedó encargado de controlar y registrar la emigración.

A Pedro de Alvarado no afectó la medida de 1546. Por entonces debía ya estar convertido en polvo. No le afectó por eso y porque debió embarcar hacia las Indias en 1510. Allí también llegaron sus primos y un tío, don Juan. Nos había dicho antes Fernández de Oviedo que partió con una capa, ahora nosotros podemos añadir que llevaba también un sayo, dados en Badajoz por su tío el Comendador, don Diego; saya de terciopelo, de la cual Pedro Alvarado arrancó el hábito, pero quedosé tan marcada la cruz, que cuando en solemnidades se ponía la prenda de terciopelo, los soldados le llamaban «el Comendador».

EL VIVERO ANTILLANO

A la Hispaniola, isla primera en la colonización, va a parar el mozo Pedro de Alvarado. Año de 1510. Llega a Santo Domingo, alias Nueva Isabela, fundada en 1496 por el hermano del primer Almirante, el Adelantado don Bartolomé Colón. La ciudad acaba de nacer; hay ya casas de piedra y bohíos de paja. Habrá, de segu-

ro, una plaza donde las Casas Capitulares y la iglesia contemplan de hito en hito al rollo o picota que se alza en medio como símbolo de la justicia.

Fuera de este pequeño foco, se alza la tierra brava, donde muy pronto prenderá la caña de azúcar traída por el poblador Pedro de Atienza desde Canarias. También enraizará el banano, de igual origen, y las puercas, igualmente canarias, que, en unión de otros animales europeos, se multiplicarán de tal manera que no habrá quien las contenga. Se transformarán en ganado cimarrón, el cual, indirectamente, será uno de los motivos que explican la existencia del bucanerismo antillano. Porque hombres extranjeros, que ilegalmente desembarcaron en las playas del Caribe y beneficiaron este ganado, fueron los que dieron lugar a los bucaneros, hermanos de piratas, corsarios, filibusteros, pechelingues y forbantes. Todos perros del mar.

Hablábamos de la Española en el momento en que llega a ella Pedro de Alvarado. Es un momento interesantísimo. Estamos en vísperas del día en que Vasco Núñez de Balboa, saltando de un tonel o de una vela enrollada, capitanea a una hueste que descubre el Mar del Sur. Hace apenas un año Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa han salido a conquistar Tierra Firme. Cristóbal Colón, Francisco de Bobadilla, Nicolás de Ovando y Diego Colón han empuñado las riendas de las nuevas tierras. Dentro de dos años —1512— tendrán toda una Audiencia, según modelo peninsular, y todavía mucho más pronto —en 1511— experimentarán algo muy sonado: el sermón de fray Antonio de Montesinos. Contra los encomenderos predicará el fraile, afirmando que tenían perdidas las almas por su crueldad en el trato dado a los indios y por sus avaricias. Porque resulta que estos españoles que llegan en la matinal hora de América se apresuran —Colón el primero— a repartirse los indios, estos hombres «algo tiriciados», según Gómara, con el fin de que le trabajen para sí. La Católica Isabel consagró legalmente el sistema, previo informe de Ovando, el 20 de diciembre de 1503. Los indios trabajarían, independientemente del tributo, pero se les habría de pagar un jornal. Ello, porque habiéndose decretado la libertad del indígena, se comprobó que éste huía del español, rehuyendo el proceso de transculturación. Fernando el Católico confirmó la medida anterior en 1509...; pero en 1511 Montesinos despotricaba contra esta institución autorizada y contra los abusos que traía su práctica consigo.

Sucedía esto en Santo Domingo, en 1511, adonde Alvarado había llegado en 1510. Pero nuestro hombre seguramente no fué testigo *de visu* en todo este lío, debido a que en este mismo año pasó a Cuba, cuya conquista se había iniciado. Es necesario cambiar de nuevo el decorado: Cuba en 1511.

Don Diego Colón, debíamos haberlo dicho, gobernaba entonces. El deseaba políticamente incorporar Cuba a su virreinato. Había que confiar su conquista a alguien. Los pobladores, como fruto de la pugna entablada entre los descendientes de Cristóbal Colón, defensores de todas las atribuciones conferidas a éste, y el Estado, interesado en recortar estas atribuciones, se habían divido en dos facciones: 1) el partido del Rey, capitaneados por el Tesorero Miguel de Pasamonte, hombre de confianza de Fernando el Católico y de su secretario, Lope de Conchillos, y 2) los partidarios del Virrey Diego Colón. Sin mostrar desacato a este úl-

timo, Diego Velázquez, vecino de los más ricos, se ganó el apoyo de Pasamonte y logró que a él se le confiara la anexión de Cuba.

Propalada la noticia, numerosos españoles acudieron a enrolarse en el banderín de enganche velazquista. Pedro de Alvarado fué uno de ellos. Y Hernán Cortés, otro. Ninguno de los tres sospechaban que, pasados unos años, sería Diego de Velázquez quien remitiría a Hernando Cortés a incorporar el Imperio Azteca. Más fueron los famosos que pasaron a Cuba: Diego de Ordaz, Bernal Díaz del Castillo, Pánfilo de Narváez, Juan de Grijalva, etc. A principios de 1511, Pedro de Alvarado partió con Diego Velázquez de Salvatierra de la Sábana. Atrás quedaba fray Antonio de Montesinos preparando su sermón y Bartolomé de las Casas que, en 1513, se dirigiría también a Cuba como Capellán de las tropas que Pánfilo de Narváez llevó de Jamaica con el fin de reforzar a Velázquez.

Poco duró la conquista de Cuba. Los tainos y ciboneyes de «Juana», según Colón llamó a la isla cuando la descubrió en 27 de octubre de 1492, apenas podían ofrecer resistencia con sus «barrigas desnudas» —expresión lascasiana— a los caballos, arcabuces, picas y perros hispanos. Lógicamente que Alvarado debió de recibir, como sus compañeros de armas, recompensas después de las operaciones de conquista. Su figura parece ya dibujarse e imponerse sobre el ambiente. Hasta el momento, éste —el ambiente—, como hemos visto, ha difuminado a la figura como si en su acontecer fuéramos a observar la clásica jerarquía de la novela americana: ambiente, trama y personaje. De aquí en adelante la escala de valores queda rota y ambos factores primarán por igual en el desarrollo de este acontecer.

Casi es hora de cambiar nuevamente el decorado: Mar de las Antillas; al fondo, Península de Yucatán, estuario de Tabasco, y frontis mejicano hacia el Golfo. Pedro de Alvarado prosigue siendo personaje de segundo orden.

CON CORTES A MEJICO

Santo Domingo ha sido como el trampolín desde donde se han lanzado las huestes hispanas a «conocer el secreto» de las islas hermanas: Juan de Esquivel, en 1508, en Jamaica; Juan Ponce de León, en 1510, en Puerto Rico; Diego de Velázquez, en 1511, en Cuba. El trampolín queda de este modo transformado en toda una plataforma, desde donde se continúa el abordaje al Continente. Las proyecciones son múltiples, pero sólo nos interesa aquella que busca, rumbo al Oeste, el imperio de Moctezuma. Desde el extremo de esta plataforma insular —Cuba— se inician las incursiones sobre las tierras mesoamericanas. Diego de Velázquez, gobernador de Cuba, es el promotor de ellas.

Primero envía a Francisco Hernández de Córdoba —1517—, quien en compañía del célebre piloto Antón de Alaminos, y del cronista Bernal Díaz del Castillo, toca en tierras mexicanas.

Después fué Juan de Grijalva —abril de 1518—, el cual llevó como capitanes a Pedro de Alvarado y a Francisco de Montejo, futuro conquistador del Yucatán. Siguiendo lo que cuenta Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, es fácil saber lo que aconteció. La armada costeó

la península yucateca y fué a parar a la laguna de Términos, en la desembocadura del Usumacinta y del Tabasco. Prosiguieron el costeo, y Pedro de Alvarado, al ver un ancho río, llamado *Papaloapán* por los indios, se metió por él, con gran enojo de Grijalva, quien le ordenó que para otra vez no se adelantase al grueso de la expedición. Parece como si fuera manía de Alvarado el anticiparse, pues yendo con Cortés hará lo mismo.

Poco después del incidente mencionado, la armada tropezó con los primeros emisarios de Moctezuma. La tierra se mostraba propicia para establecer una fundación, pero el *status* de la hueste era pésimo, exigía auxilios de Cuba. Ya porque Grijalva estaba enojado con Alvarado, debido a que se había adelantado, ya porque el extremeño había ido a la expedición «de mala gana y medio doliente», o ya porque, según refiere Gómara, Alvarado «se perdía por una isleña» que quedó en Cuba, lo cierto es que se escogió a éste para que fuese a pedir auxilios a Velázquez.

Todos en Cuba quedaron maravillados con las noticias aportadas por Alvarado sobre Méjico, y por la maravilla de los presentes que entregó al gobernador.

Grijalva regresó pronto, y ya entonces lo que zarpó hacia Méjico fué la expedición de Hernán Cortés, donde irían los cinco hermanos Alvarado: Pedro, Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan.

Todo estaba preparado para hacerse a la vela dicha expedición, cuando comenzó Velázquez a sospechar de Cortés —igual lo había hecho de Grijalva y Olid—. Temía que aquél se levantara con la gobernación de lo que descubriese. Estos temores sólo sirvieron para que el de Medellín acelerara los preparativos y abandonara Santiago de Baracoa el 15 de noviembre de 1518 con rumbo a la villa de Trinidad, donde se hospedó en casa de Grijalva; pero hasta allí aparecieron cartas urgentes de Velázquez ordenando al alcalde de la población que apresara a Cortés, cosa imposible por la simpatía y fuerza con que contaba el jefe de las huestes. Después de tomar más soldados y provisiones, enfilaron hacia San Cristóbal de La Habana, en la costa sur de Cuba. Entre los capitanes que se le agregaron en Trinidad estaban los ya citados cinco Alvarados, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, Cristóbal de Olid, rebelde más tarde, y Alonso Hernández Portocarrero, ilustre capitán. Pedro de Alvarado y Hernán López de Avila llevaban entre sí «una yegua alazana muy buena, de juego y de carrera»; Alvarado, cuando llegaron a Méjico, «le compró la mitad de la yegua o se la tomó por fuerza», narra Bernal. Alvarado iba como segundo de Cortés, aunque su deseo era el de figurar como jefe de la armada.

Hasta La Habana les persiguieron las misivas del gobernador, aunque no hubo quien se atreviera a cumplir lo que ordenaba; y Hernán Cortés pudo durante ocho días cargar lo que necesitaba. El 10 de febrero de 1519 se hizo a la mar tras incorporar algunos hombres en el cabo de San Antón.

Las naves de Cortés siguieron el mismo rumbo que las de Grijalva. Once navíos, quinientos ochenta soldados y capitanes, algunos extranjeros entre ellos; cien tripulantes, dieciséis caballos, diez cañones de bronce, cuatro falconetes y trece arcabuces formaban el total de la expedición que navegaba rumbo a Yucatán. Pedro de Alvarado, capitaneando el mismo navío «San Sebastián» de cuando Grijalva, fué

el primero en tocar las playas de la isla Cozumel. A los tres días llegó Cortés y el resto. Después de recoger a Jerónimo de Aguilar, clérigo de Ecija ordenado «in sacris», náufrago, que durante diez años había permanecido entre los indígenas, continuaron los navíos navegando hacia Tabasco o estuario de Grijalva. La recepción que les hicieron los indígenas fué francamente hostil, a pesar de la intención amistosa mostrada por los castellanos. En vista de que no deponían su actitud, los españoles se aprestaron para el combate. Primero, ante escribano público, les fué leído el famoso *Requerimiento* de Palacios Rubios, donde se les manifestaba que los españoles tenían derecho a aquellas tierras por donación papal. Después, en vista de que no obtuvieron nada con la lectura, iniciaron la carga. El enemigo cedió ante el empuje castellano, pero al día siguiente continuaba sin avenirse a razones. Cortés remitió al intérprete Melchor, indio capturado en otra expedición, que colgó sus ropas y se fué con los indígenas, incitándoles a la lucha. El segundo combate que se libró lo decidió la caballería e inclinó a los de Tabasco a solicitar la paz. Con agrado recibió Cortés a los caciques, quienes se declararon vasallos del rey de España y le ofrecieron presentes. Entre los regalos venían «veinte mujeres, y entre ellas, una muy excelente mujer que se dijo doña Marina, que ansí se llamó después de vuelta cristiana». De este modo describe Bernal a la célebre intérprete y amante de Cortés, Marina o Malinaltzin, natural de Painala. Su madre la había dado a unos mercaderes mejicanos, que la vendieron en Tabasco como esclava. De origen noble y bella, esta mujer, conocedora del idioma maya, tabasco y nahualt, desarrolló en la conquista un papel principalísimo. Cortés la dió, después de catequizada, a su capitán Alonso Hernández de Portocarrero. Ella será la protagonista femenina de la conquista, y su presencia salvó la dificultad que significaba el hecho de que Aguilar únicamente comprendía el maya. Sólo una vez cita en sus cartas Cortés a esta mujer, que le dió un hijo: el rebelde Martín Cortés. Y resulta curioso acordarnos ahora de la segunda cláusula inserta en las Instrucciones que entregó Velázquez a Cortés. Dice así: «Item porque más cumplidamente en este viage podays servir a Dios nuestro Señor no consentyreis ningún pecado público ansí como amancebados.» El astuto de don Hernando se había olvidado de ella.

De Tabasco la armada siguió viaje bordeando la costa hacia el islote llamado de San Juan de Ulúa por Grijalva. Arribaron el Jueves Santo de 1519. Apenas desembarcaron, los indígenas iniciaron un activo tráfico con los españoles.

Desde la estancia de Grijalva y Alvarado por aquellos contornos, los mexicanos tenían noticias de los hombres blancos. El mismo emperador Moctezuma había examinado pinturas donde se representaban estos hombres, sus barcos, armas y caballos. Moctezuma, *Uei Tlatoani* o Jefe de Hombres de Méjico, había recordado, viendo aquellas pinturas, la antigua profecía auguradora del retorno de *Quetzalcoatl* o serpiente emplumada. Una leyenda afirmaba que este dios del Viento, blanco y con barba, había estado en Méjico enseñando la virtud y el bien; pero viendo el poco fruto que obtenía, decidió desaparecer por oriente, su punto de origen. Al despedirse predicó que un día retornaría y que entonces sus hijos dominarían la tierra.

Esta era la tradición que pesaba sobre Moctezuma y su pueblo, y que ahora parecía iba a realizarse. Hombres blancos y barbados habían llegado a las costas de su imperio. Interesado por esta aparición, se apresuró el Emperador azteca a remitirles mensajeros con presentes; pero cuando llegaron a las orillas del océano ya los blancos habían desaparecido. Aquellos blancos eran los componentes de la expedición de Grijalva. Los mensajeros decidieron esperar la vuelta de los intrusos. Y así, un día presenciaron el retorno de las naves. Mas ahora era Cortés quien llegaba. Esto explica el porqué el caudillo español recibió en seguida enviados de Moctezuma. Cortés los atendió con amabilidad, les regaló chucherías y les comunicó que sólo venía a comerciar. Como es lógico, aprovechó la ocasión para hablarles de su tema preferido: el Emperador Carlos I y su religión. Para colofonar, hizo demostraciones belicosas con caballos y cañones, que impresionaron a los indios.

Las noticias sobre los blancos que llegaron al Emperador azteca le abrumaron. Decidió enviar una segunda embajada nigromántica. Uno de los enviados —era parte de la magia a usar— tenía un gran parecido con Cortés. Pero todas las ceremonias que realizaron para impedir el avance de los blancos fueron inútiles. Lo único que lograron con los regalos traídos fué avivar el deseo invasor de los españoles.

El Viernes Santo iniciaron el desembarco del material a la playa, donde levantaron el campamento. Al día siguiente llegó el gobernador de *Cuetlaxtla*, localidad cercana, llamado *Teudili*, que les ayudó en las obras campamentales. El Domingo de Pascua regresó Teudili con regalos y asistió a la misa celebrada por fray Diego de Olmedo. Era el 13 de mayo cuando volvió Teudili con mensaje de Moctezuma exigiéndole se retirase.

DE VERACRUZ A TENOCHTITLAN

Resueltos a penetrar hasta el mismo corazón del reino, que se les ofrecía todo lleno de misterio y peligro, fundan una base en la costa, núcleo de apoyo y enlace, que llaman *Villa Rica de la Vera Cruz*. Después viene la farsa política que les independiza de Cuba, de Velázquez. Para ello Cortés muestra sus credenciales, por así decirlo, ante el recién creado Cabildo, que los da por inválidos, y, a su vez, lo nombra ¡Capitán General y Justicia Mayor! Otros repetirán comedia semejante: Orellana, Valdivia. Mientras, Pedro de Alvarado actúa como testigo de todo el juego político cortesiano, a cuyo bando sigue en oposición al velazquista.

Decidida la marcha y averiados los barcos, para impedir todo retroceso, «so color —escribe Cortés— que dichos navíos no estaban para navegar», se dirigieron sobre la meseta del Anahuac. Cortés da la orden de partida y encarga a Alvarado el comando de una sección. La tropa invasora está formada por 400 españoles, 1.000 tamemes o indios cempoaleces de carga, siete caballos y unas siete piezas de artillería.

El primer objetivo lo constituía la República de Tlaxcala, enemiga de los gobernantes asentados en la laguna situada en la ruta a seguir. La conquista de Tlaxcala dió a los españoles una base estratégica de primer orden y un aliado cuya fuerza sería decisiva en momentos crucia-

les. Para Alvarado tuvo un doble significado. 1) la consolidación de sus dotes guerreras, y 2) su vinculación al pueblo indígena, ya que se unió con una princesa traxcalteca, a la cual los españoles llamaron doña Luisa Xicontecatl.

La importancia de esta unión es grande. Si se tiene en cuenta que esta mujer no sólo sería su compañera en las cam pañas de Méjico y Guatemala, sino que le dió dos hijos, Pedro y Leonor, de la cual procede la única descendencia del conquistador. El fenómeno obrado en Alvarado, y repetido en centenares de soldaados, lleva consigo la enorme trascendencia del mestizaje. «El día que el primer conquistador tomó una doncella india —asevera el boliviano Fernando Díez de Medina—, la América moderna, con latido hispano, comienza a germinar en el misterio de un vientre autóctono...» En Tlaxcala consuma Alvarado este proceso.

El 23 de septiembre de 1519 habían llegado los españoles a Tlaxcala. La ciudad, enorme y extraña, le recordó a Cortés Granada. El real fué establecido rigurosamente, a pesar de la lealtad manifestada por los tlaxcaltecas.

En los días de descanso que prosiguieron, el capitán español procuró enterarse de todo lo referente a Méjico. Después decidió el avance sobre la capital azteca. Lo primero que hizo fué enviar una expedición de sondeo bajo disfraz de embajada al mando de Pedro de Alvarado y Bernardino Vázquez de Tapia, quienes no pudieron llegar a su destino por enfermedad de uno de ellos. Entonces fué cuando se decidió la marcha sobre Méjico-Tenochtitlán a través de Cholula, la ciudad-estado amiga de Moctezuma. Esta ruta había sido señalada por los embajadores mejicanos, en oposición a la indicada por los aliados tlaxcaltecas, que preferían la vía de Guajocingo, ciudad aliada suya.

Fijada la fecha de partida, se enteró Cortés que Moctezuma tenía 50.000 hombres en Cholula aguardándole. Los de Tlaxcala le mostraron el peligro que aquello encerraba, pero una embajada cholulteca le decidió a partir «por no mostrar flaqueza». El 13 de octubre las fuerzas hispanas abandonaron Tlaxcala en compañía de unos 500 cempoaleces y todo el ejército tlaxcalteca. De estos últimos sólo quedaron unos 5.000 cuando se aproximaron a Cholula. Los temores apuntados por los aliados indígenas se confirmaron a lo largo del camino: obstáculos y trampas para hombres y caballos eran bien visibles.

Los de Tlaxcala quedaron en las afueras por orden de Cortés. Este aprovechó el contento producido en los cholultecas por la orden dada para hablarles de su tema favorito: su Rey y su religión. Los de Cholula se avenían a ser súbditos de aquel Emperador lejano que les citaba, aunque no estaban conformes con abandonar sus dioses y ritos. Cholula era una especie de ciudad santa en el Anahuac, sobre todo por el culto a Quetzalcoatl y por sus trescientos setenta *teocalli* o templos. Por ello Cortés, prudentemente, no insistió en sus razonamientos religiosos.

Apenas llevaban tres días en la ciudad y ya los cholultecas comenzaron a cambiar de conducta: los víveres escaseaban y los caciques y sacerdotes no se dejaban ver. La situación era crítica. A ello se añadía la llegada de nuevos emisarios de Moctezuma comunicándoles con desprecio que no debía entrar en la capital. Algo se preparaba. Los temores se confirmaron. Una vieja india comunicó a Marina la traición preparada, y un cacique, amenazado, confesó de lleno los planes indíge-

nas. La vigilancia se redobló y, tras celebrar junta, se acordó que lo mejor era atacar de improviso al enemigo.

Desde su caballo se dirigió Cortés a los caciques y guerreros cholultecas recriminándoles su falsía y traición. El terror se apoderó de los acusados, que echaron la culpa a Moctezuma; pero el jefe español no admitió la excusa, y concluyó su arenga diciéndoles: «tales traiciones mandan las leyes reales que no queden sin castigo. Por vuestro delito moriréis». Y a una señal dada por un disparo de arcabuz, principió el castigo, y «dímosles tal mano —dice en su carta al Emperador—, que en dos horas murieron más de tres mil hombres».

Esta fué la matanza de Cholula. Tlaxcaltecas y cempoaleces contribuyeron a ella y al saqueo, que duró dos días. Espantados los cholultecas, vinieron a pedir clemencia. Algunos caciques le manifestaron que la política tradicional de Cholula había sido la alianza con Tlaxcala y Guajocingo contra la Confederación Azteca (Tenochtitlán o Méjico, Tlacopán y Texcuco). Cortés aprovechó la circunstancia para poner paz dentro de Cholula y entre ésta y Tlaxcala.

Cerca de medio mes permaneció Hernán Cortés en Cholula descansando, haciendo preparativos, recibiendo embajadas de Moctezuma, liberando de las jaulas a los prisioneros destinados al sacrificio, intentando convertir a los vencidos, etcétera. Dos rutas se presentaban hacia Méjico: una fué indicada con insistencia por los mejicanos y otra que, según Cortés, le fué mostrada por favor divino. Fué así:

Durante su permanencia en Tlaxcala los españoles habían observado cómo arrojaba humo una cumbre que los indígenas llamaban *Popocatépetl*, «la montaña que humea». Frente se alzaba su esposa: el *Iztaccihuatl* o «Mujer Blanca». Ambos constituían motivos de prejuicio y temores religiosos para los indígenas. Cortés, siempre atento a dar cuenta de todo a su Rey, quiso de esa montaña que le «paresció algo maravillosa» saber el secreto. Y allá fué Diego de Ordás con nueve compañeros, guías y tamemes. La ascensión hasta el cráter se efectuó con éxito, contribuyendo a dar mayor fama a los españoles entre los naturales y, sobre todo, a conocer la nueva ruta hacia Méjico que desde allí descubrieron.

El primero de noviembre se puso Cortés en camino hacia la capital azteca a la cabeza de cuatrocientos españoles y cuatro mil indígenas. Los tlaxcaltecas le habían ofrecido diez mil hombres, de los cuales sólo aceptó mil, ya que no quería entrar en Méjico en son de guerra. En cambio, perdió a los cempoaleces, que remitió a sus tierras cargados de presentes.

La primera noche acamparon en *Calpan*, tierra de *Guajocingo*. Al día siguiente cruzaron entre el Popocatépetl y el Iztaccihuatl. Después de pasar por *Amecameca*, *Guitlahuac*, *Ixtapalapan*, *Ayotzinco* y otras poblaciones del valle de Méjico, llegaron a las puertas de la capital.

La visión de ella les pareció cosa de libros de caballería y sortilegio. Así lo consigna Bernal Díaz cuando escribe: «... nos quedamos admirados y decíamos que parecían a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís».

Al abandonar *Amecameca*, el 6 de noviembre, se dirigieron a la laguna de Chalco. Más de una embajada se había presentado a Cortés desde que salió de Cholula, con ruegos de Moctezuma para que retrocediera. El Emperador, asustado ante el acercamiento de los españoles,

volvió a convocar consejo de guerra. *Cacamatzin* en persona, sobrino del Emperador y Rey de Tezcuco, fué al frente de una nueva embajada y expuso los deseos de Moctezuma. Cortés desoyó el ruego de retroceso, devolvió al príncipe con presentes y siguió hacia *Iztapalapa*, buscando la visión de «cosas nunca oídas ni vistas ni aun soñadas». Méjico se alzaba frente a ellos.

Cuitlahuac, hermano del Emperador, alojó a los españoles en Iztapalapa, de donde era Rey. Bernal Díaz se desata en admiraciones y asombro ante todo lo que ve. Al día siguiente, 8 de noviembre, principiaron la última etapa. De Iztapalapa a México-Tenochtitlán conducía una de las calzadas que unía al islote-ciudad con la orilla del lago de *Tezcoco*. Una apiñada multitud se agolpaba ansiosa de ver el encuentro de dos mundos personificados en el Emperador azteca y en el capitán español.

No pasaban de cuatrocientos soldados hispanos los que avanzaban bajo la mirada de miles de ojos indígenas. Es fácil suponer el ánimo de estos hombres que caminaban entre un mundo hostil, exótico y bajo el peso de las últimas advertencias de los de Guajocingo, Tlaxcala y Tlamanalco. Jamás, escribe Bernal Díaz, ha habido hombres «en el universo que tal atrevimiento tuviesen». Aclaremos, para mejor comprensión de la psicología del momento, que los aztecas tenían dos calendarios: el civil o astronómico y el religioso o astrológico. Aquel 8 de noviembre de 1519 era en el calendario civil el segundo día del mes de *Quecholli* (pájaro flamenco). Era uno de los primeros cinco días durante los cuales no se hacía nada religiosamente. En el calendario astrológico o religioso era el día octavo del mes de *Ehecatl* (Viento), tenido como de mal agüero por estar bajo la advocación de Quetzalcoatl. Podemos imaginar el estado anímico del pueblo indígena en estas horas en que llegaban los blancos realizando la antigua profecía auguradora del regreso de Quetzalcoalt.

* * *

A una media legua de la ciudad, la calzada de Iztapalapa se unía a la de *Coyoacán*. Allí esperaban a Cortés un millar de prohombres aztecas. Al llegar a la altura de ellos, el capitán español, escoltado por doce jinetes, detuvo su caballo y recibió el homenaje de los nobles. Concluído el desfile, prosiguió la marcha, y la tropa cruzó el recinto fortificado. Moctezuma se acercaba. Unos doscientos nobles, en dos hileras y descalzos, precedían a la persona del Emperador, que aparecía montado en una rica litera.

Moctezuma descendió y dió unos pasos hacia Cortés, al mismo tiempo que miembros de su escolta limpiaban minuciosamente el trozo de espacio que separaba a ambos hombres. A la derecha llevaba a *Cacama*, Rey de Texcuco; y a la izquierda a *Cuitlahuac*, Rey de Iztapalapa. Detrás seguían los señores de Coyoacán y Tlacopán.

El español, al ver a Moctezuma, descabalgó y se dirigió hacia él con intención de abrazarlo. Pero los dos Reyes que le escoltaban impidieron el abrazo. Entonces el Emperador le dió la bienvenida; y Cortés, mediante Marina, le ofreció seguridad y le colgó un collar de cuentas de vidrio. Seguidamente los prohombres del séquito imperial desfilaron ante los españoles. Terminada la ceremonia, Moctezuma inició la marcha hacia la capital acompañado de Cacama, mientras que Cuitlahuac llevaba de la mano a Cortés.

«Fué ésta —dice Bernal— nuestra venturosa e atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitán, Méjico, a ocho días del mes de noviembre, año de nuestro Salvador Jesu Cristo de mil e quinientos y diez y nueve.»

EN MEJICO, TENOCHTITLAN

El palacio de *Axayacatl* fué destinado para albergar a las tropas españolas. En él recibieron en seguida la visita de Moctezuma, quien les manifestó su creencia de que ellos eran los hombres que, según la profecía, habrían de venir de Oriente a dominarlos. Cuatro días después cumplimentó Hernán Cortés esta entrevista y visitó con los suyos la ciudad, admirando, sobre todo, el mercado o «tianguiz».

Moctezuma, en su encierro, se mostraba contento y recibía las visitas de Cortés, quien en compañía de sus capitanes, Alvarado, Velázquez de León y Ordás, jugaba con el emperador o jefe de hombres.

La escena y la intervención de Alvarado en ella queda plásticamente reflejada en la prosa de Bernal.

«Y aun algunas veces jugaba el Moctezuma con Cortés al *totoloque*, que es un juego que ellos ansí le llamaban, con unos bodoquillos chicos muy lisos que tenían hechos de oro para aquel juego, y tiraban con los bodoquillos algo lejos, y unos tejuelos que también eran de oro, e a cinco rayas ganaban o perdían ciertas piezas e joyas ricas que ponían. Acuérdome que tanteaba a Cortés Pedro de Alvarado e el gran Moctezuma un sobrino suyo, gran señor, y el Pedro de Alvarado siempre tanteaba una raya de más de las que avía Cortés, y el Moctezuma como los vió decía, con gracia y risa, que no quería que le tantease a Cortés el Tonatio, que ansí llamaban al Pedro de Alvarado, porque hacía mucho *yxoxol*, que quiere decir en su lengua que mentía, que echaba siempre una raya de mas; y Cortés y todos nosotros los soldados que en aquella sazon haciamos guarda no podiamos «estar» de risa por lo que dijo el gran Moctezuma. Dirán agora que porqué nos reimos de aquellas palabras, es porque el Pedro de Alvarado, puesto que era de gentil cuerpo e buena manera, era vicioso en el hablar demasiado, y como le conocimos su condición por eso nos reimos tanto.»

Se hace difícil no admirar cuanta humanidad hay encerrada en estas breves líneas, donde se nos muestran «los crueles españoles» entretenidos en un juego casi infantil con el emperador que acaban de derrocar y al que le han arrebatado un inmenso imperio casi también jugando a la guerra. Tampoco se pasa por alto las notas que se nos brindan por la pluma del tosco soldado para conocer el carácter de Alvarado. Notas ya enunciadas, tomándolas de Gómara, en páginas anteriores, y que nos hace pensar que tal vez al clérigo, Cortés debió informarle sobre el carácter de su subordinado —Alvarado—, y coincidió con Bernal en apuntar que Pedro de Alvarado era muy hablador y muy mentiroso.

Los días proseguían en la mayor ociosidad. Era necesario hacer algo. Y este algo fué un audaz golpe: apoderarse de Moctezuma. Había que alegar una causa para justificar la prisión. Esta llegó pronto: una carta recibida de Veracruz comunicando que un ejército mexicano, al mando de *Cuauhpopoca*, había atacado a los españoles, matando al mismo Juan de Escalante, jefe de la guarnición dejada en Veracruz.

Una mañana, seguido de algunos capitanes, se personó Cortés en el palacio del emperador. Por medio de Marina le expuso los hechos acontecidos en la costa del Golfo y pidió reparación. Al instante Moctezuma ordenó la prisión del culpable; pero esto no le bastó al español, que le rogó pasase a vivir con él y los suyos. Moctezuma se negó en un forcejeo que duró cuatro horas. Al final, uno de los capitanes, Velázquez de León, impaciente, gritó que lo mejor era matar a estocadas a Moctezuma. Marina tradujo las coléricas palabras del soldado, que acabaron por decidir al emperador a seguir a los españoles.

Cuauhpopoca fué quemado tan pronto llegó a Méjico. Las actividades de Cortés se proyectaron después en expediciones exploradoras. Mas el disgusto aumentaba en el pueblo indígena tras la prisión de su emperador. Varios nobles se retiraron de la ciudad y otros fueron apresados por Hernán Cortés.

Tuvo lugar entonces uno de los hechos más singulares de la conquista: el traspaso de soberanías. Citados por Moctezuma, se reunió una junta de nobles. Por la parte española figuraba un escribano público, como representante, ante el cual los mexicanos acordaron prestar vasallaje al rey de España. Obsérvese el legalismo que siempre acompañó al conquistador de la Nueva España en todos sus actos. Con este juramento, por el cual Moctezuma se comprometía a obedecer y prestar vasallaje al rey de España, la permanencia del jefe español no tenía ya razón de ser. Así lo manifestó el emperador azteca a Cortés, a lo que éste alegó que no contaba con naves para retirarse.

Por medio de Moctezuma, primero, y luego por una carta de Sandoval, nuevo alcalde de Vera Cruz, se enteró Cortés de la arribada de algunos barcos, transportando soldados de Cuba. Componían la expedición diecinueve barcos, veinte cañones, mil cuatrocientos soldados españoles, ochenta caballos, buen número de escopetas y ballestas y numerosos indios cubanos. Al frente de ellos venía el vallisoletano Pánfilo de Narváez, lugarteniente de Velázquez.

Portocarrero y Montejo, dos emisarios enviados desde Veracruz por Cortés al César, eran los causantes de esta nueva situación crítica. A pesar de las prohibiciones hechas por Cortés, Montejo tocó en Cuba para visitar algunas propiedades que allí tenía. Durante esta permanencia esparció noticias sobre Méjico, que llegaron hasta Velázquez, quien, furioso, decidió vengarse de la deslealtad de Cortés. Utilizando sus buenas relaciones con el obispo don Juan Rodríguez de Fonseca, especie de ministro de Indias, obtuvo autorización para apresar a Cortés, quitarle el mando y llevarlo a Cuba. Enterada la Audiencia de Santo Domingo de estos planes, intentó oponerse a ellos, para lo cual envió a Cuba al oidor Vázquez de Ayllón, cuyas gestiones fueron vanas, pues la flota zarpó el cuatro de marzo de 1520. Esta expedición era la que había llegado a Veracruz.

La presencia de Narváez ocasionó intrigas y defecciones en ambos bandos. Como resultado, los indígenas de Cempoala permitieron que los recién llegados se establecieran en su ciudad. Desde Méjico, Cortés inició negociaciones para llegar a un acuerdo con el nuevo enviado de Velázquez, fracasando, ya que Narváez exigía la sumisión completa.

Acompañado de una corta escolta abandonó Cortés la ciudad de Méjico con dirección a Cempoala. Pedro de Alvarado

quedaba como lugarteniente. En el camino se le unieron diversos destacamentos de soldados. Al llegar, hizo un nuevo intento por establecer un acuerdo entre los dos campamentos, sin lograrlo. El choque era inminente.

Después de una corta arenga a la tropa, en la que repasó lo acontecido hasta el momento y en la que prometió un premio al que capturase vivo o muerto a Narváez, ordenó al Padre Olmedo que diera la absolución general a todos y dió la orden de marcha. Era la medianoche y lloviznaba. A pesar de estar advertido por el cacique de Cempoala, Narváez fué cogido por sorpresa. Sorpresa y confusión que facilitaron el rápido triunfo de los de Cortés. Narváez, con un ojo de menos, no tuvo más remedio que rendirse y, junto con su ejército, prestar homenaje a Hernán Cortés. Al día siguiente se capturó la flota.

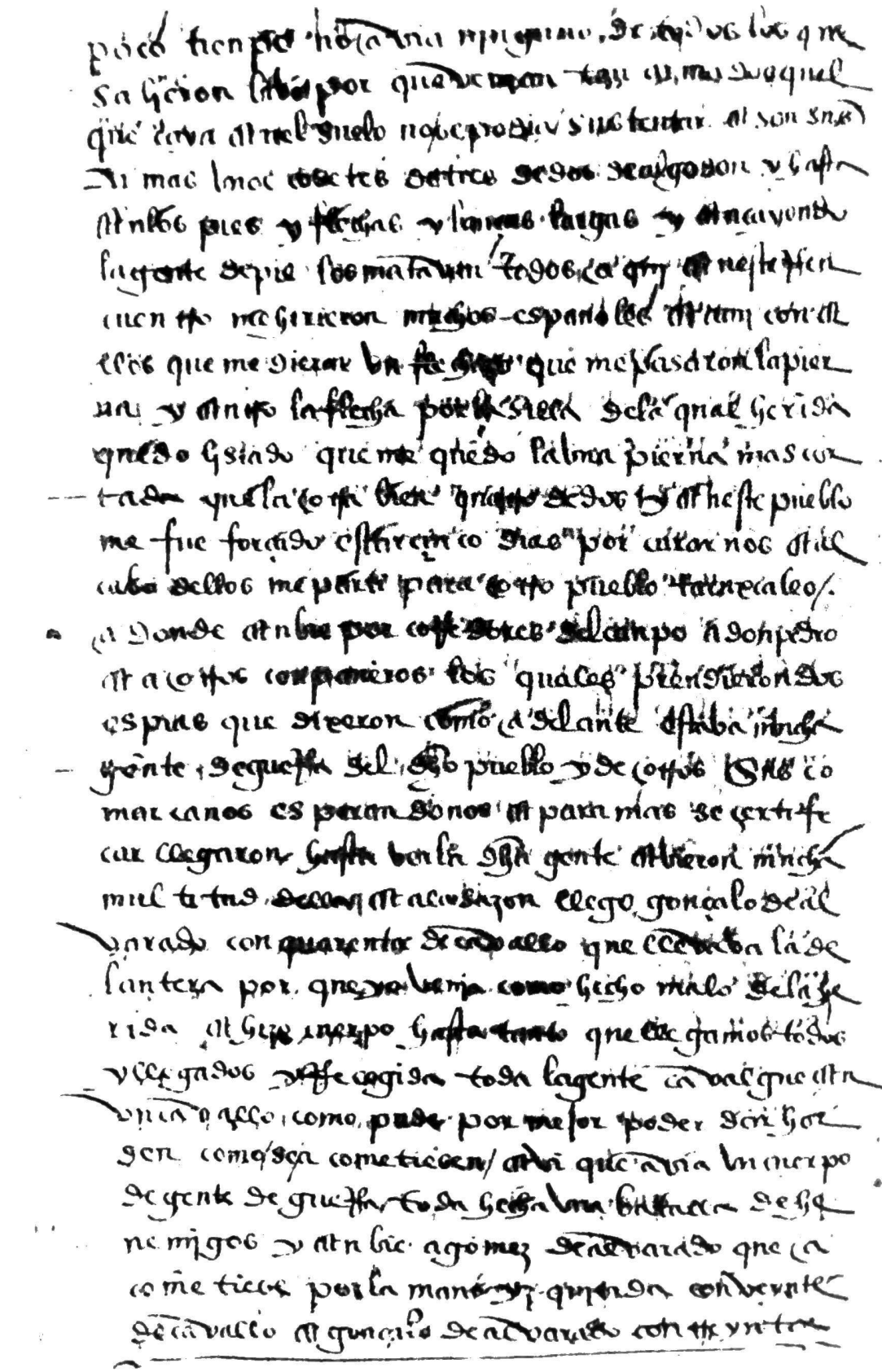
ALVARADO ACTUA: LA NOCHE TRISTE

Mientras Cortés marchaba contra Narváez, los mejicanos se preparaban para la gran fiesta del mes «Toxcatl» en honor de *Tezcatlipoca*, el alma del mundo. Moctezuma había obtenido permiso de Cortés, primero, y luego de Alvarado para hacer festejos, aunque se les prohibió los sacrificios humanos. Notemos que la fiesta tiene lugar en un momento en que el crédito de Cortés está en baja forma. Era notorio que Moctezuma pensaba eliminar a los españoles de Méjico tan pronto tuviese noticias de la derrota de Cortés a manos de Narváez. Es más, los mejicanos cesaron de abastecer a los españoles. Todas estas circunstancias inquietaron a Pedro de Alvarado y a su hueste, que veían con temor el terrible movimiento que la fiesta ocasionaba. Para asegurar la situación, Alvarado apresó a uno de los príncipes de la casa imperial, al llamado «El Infante». Bastó esto para que estallase la rebelión indígena. Rápidamente los españoles se lanzaron al «teocalli», donde la multitud reunida celebraba las fiestas, e iniciaron una desordenada matanza en el millar de personas congregadas. Las Casas y las Crónicas indígenas de la conquista achacan a Pedro de Alvarado la matanza del templo. Crueldad y codicia se le reprocha en su acción, pero Bernal niega lo de codicia escribiendo: «Yo no lo creo, ni nunca tal oí, ni es de creer que tal hiciese.»

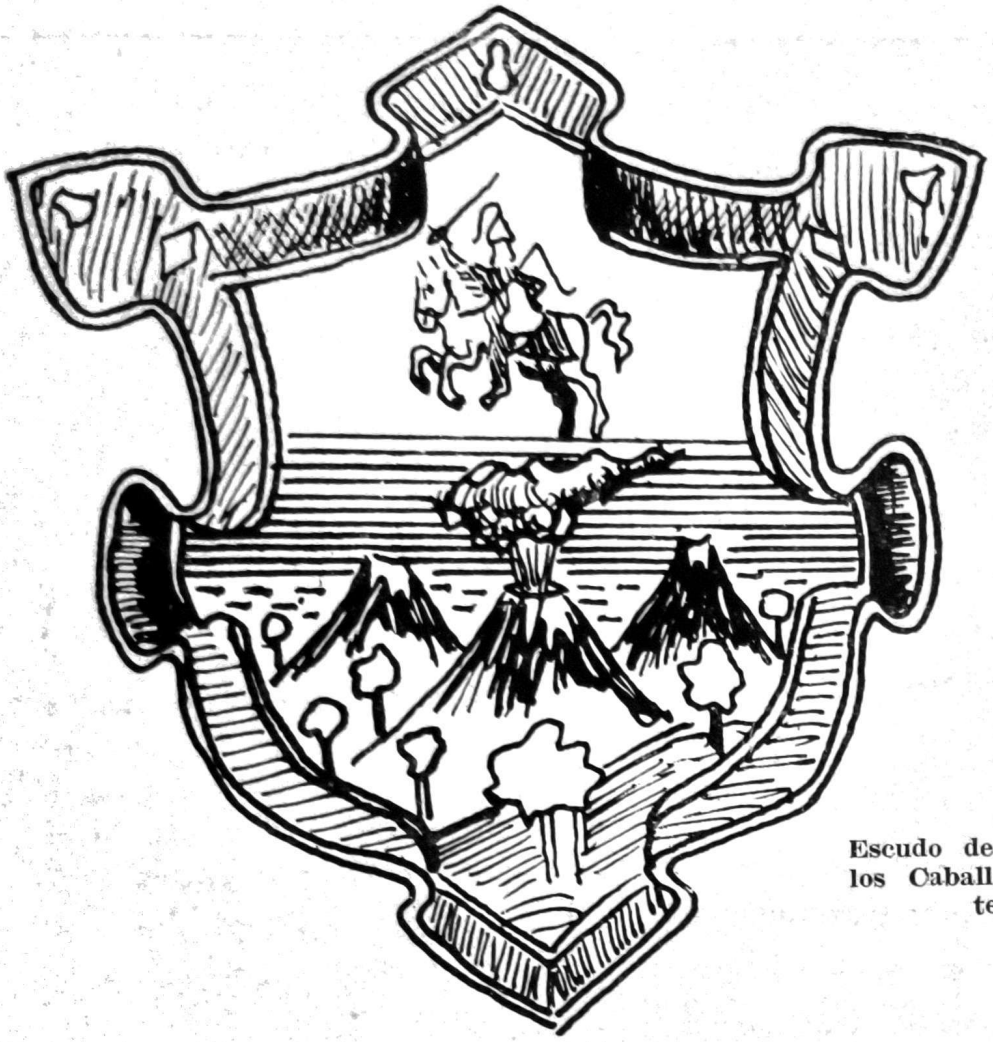
Apenas se retiraron los castellanos a su fortaleza, cuando se vieron asediados por la indiada. Moctezuma, por ruego de Alvarado, logró calmar al pueblo. Pero la insurrección continuó al soltar al príncipe que tenían como rehén.

Estas fueron las noticias que precipitaron el regreso de Cortés. El día de San Juan de 1520 vieron los mejicanos al «Malinche» entrar de nuevo en Méjico. Sitiados y sin provisiones, la situación era angustiosa para el bando español. Cortés reprochó la acción a Alvarado, diciendo «que era muy mal hecho e gran desatino», y ordenó, en tal emergencia, soltar a Cuitlahuac, rey de Iztapalapa, con órdenes de restablecer el mercado. Error lamentable, ya que Cuitlahuac poseía poder para convocar el «Tlatocan», o Consejo, destituir a Moctezuma y nombrar nuevo «Uei Tlatoani». La situación empeoraba. Una salida que intentó Diego de Ordás fracasó rotundamente. Se recurrió a un sistema ya empleado: utilizar la persona de Moctezuma como intermediario. Negóse el emperador, que sabía cuán decaído esta su prestigio; pero al fin cedió. Cus-

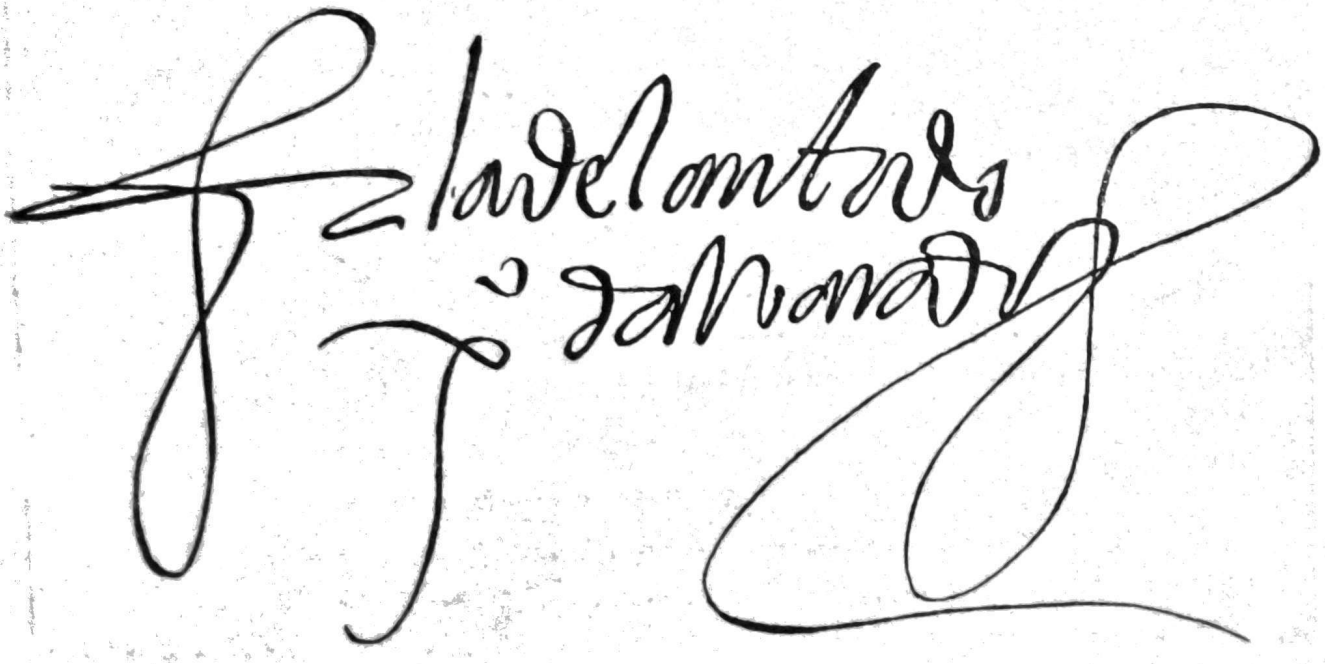
Don Pedro de Alvarado



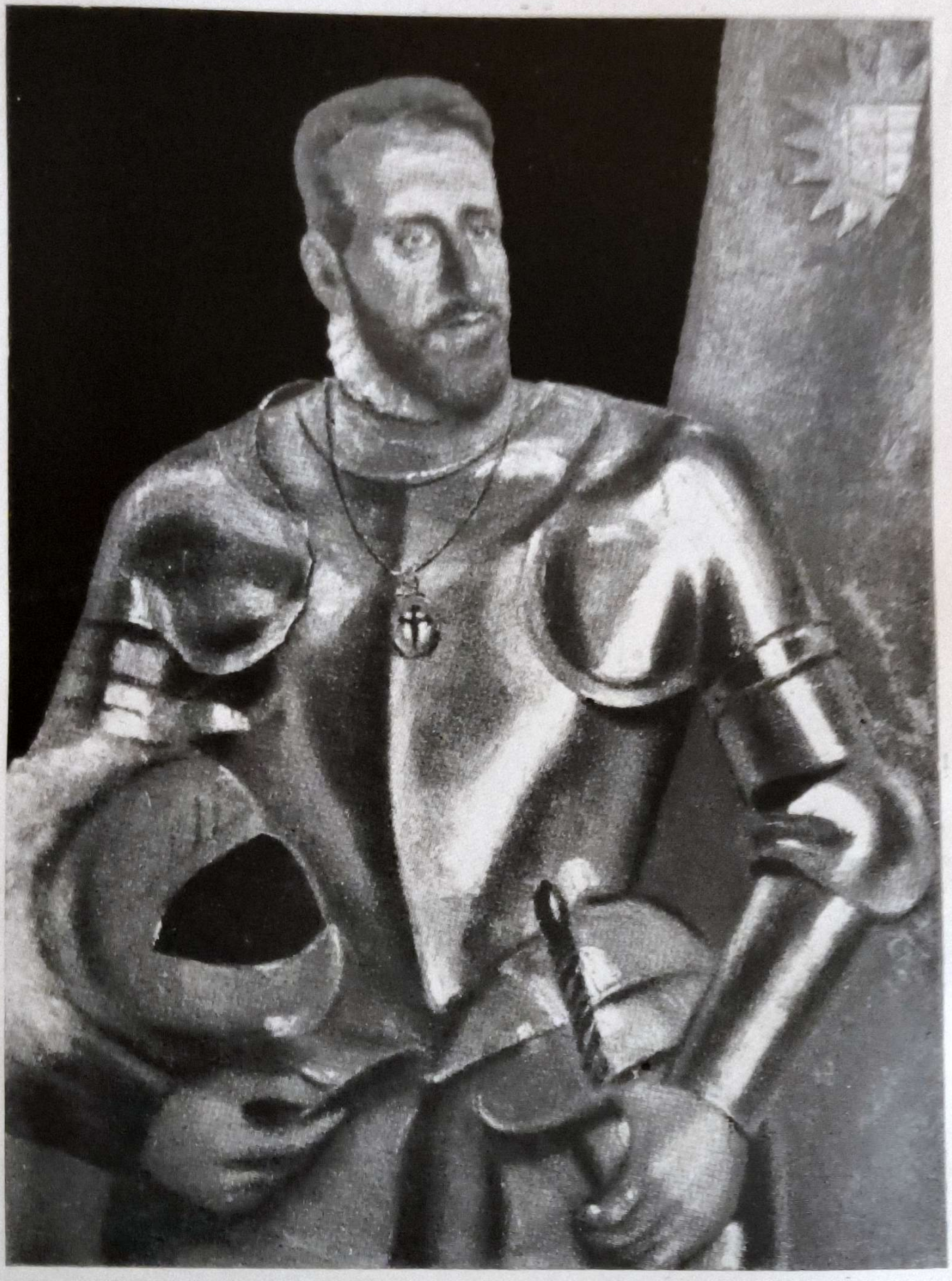
Fragmento de la segunda carta de relación de Alvarado a Cortés, donde refiere la herida que sufrió en el combate de Acajutla, según copia de la época



Escudo de Santiago de los Caballeros de Guatemala



Autógrafo de Don Pedro de Alvarado



Pedro de Alvarado, por Daniel Vázquez Díaz

todiado por doscientos españoles, se dirigió al pueblo desde el terrado del palacio de Axayacatil; apenas había comenzado a hablar, cuando Cuautehmoc, príncipe, joven hijo del predecesor de Moctezuma, exclamó: «¿Qué es lo que dice este bellaco de Moctezuma, mujer de los españoles? Como a vil hombre, le hemos de dar su castigo y pago.» Y le soltó un flechazo que fué una orden. Piedras y varas cayeron sobre el infeliz ex emperador, que recibió varias pedradas, muriendo a los tres días, al parecer, de tétano.

Era necesario abandonar la ciudad. La calzada de Tlacopán o Tacuba se escogió como vía de retirada. Para poder salvar las ocho cortaduras de la calzada se construyó un puente portátil de madera. El orden de retirada se dispuso así: la vanguardia iba al mando de Ordás y Sandoval; en el centro lo dirigían Cortés, Olid y Dávila; en la retaguardia marchaban Alvarado y Velázquez de León. El oro, prisioneros reales y Marina, iban bajo la custodia de dos capitanes de Narváez y treinta soldados. Había bastante neblina aquella noche del 30 de junio de 1520.

El primer corte se pasó sin incidentes; mas la alarma surgió antes de llegar a la segunda zanja. En medio de la noche se oyó el tambor de guerra llamando a las armas. El puente de madera se atascó en el fango con el peso y no pudo ser retirado. Desde tierra y agua los mejicanos atacaban denodadamente. Españoles, tlaxcaltecas, caballos, botín y armas rellenaban las cortaduras de la calzada. La pelea era horrorosa en la oscuridad. Como pudo, Cortés sacó a los supervivientes por la avenida hacia Tacuba. Alvarado dió o no dió su salto famoso con la pértiga, pero salvó el obstáculo. Y la retaguardia tuvo que retroceder a los cuarteles de Méjico, donde se rindieron a los tres días de cerco, siendo sacrificados al cruel *Huitzilopchtli*, dios de la guerra.

Aquella noche perdió Cortés más de ciento cincuenta soldados españoles, dos mil aliados, cuarenta y cinco caballos, armas y la mayor parte del oro. Entre los muertos estaba Juan Velázquez de León, los hijos e hijas de Moctezuma y Cacama, rey de Tezcuco. «Pedro de Alvarado, bien herido, a pie, con una lanza en la mano, porque la yegua alazana ya se la había muerto», se presentó a Cortés de aquel modo, no pudiendo el capitán hispano evitar que se le saltasen las lágrimas al verlo.

Los huídos pudieron reunirse al amanecer y seguir rumbo a Tlaxcala bajo el acoso del enemigo. Y el día 7, en la llanura de *Apam*, a la vista de *Otumba*, se toparon con un considerable ejército mexicano. La batalla, que se presentaba bastante incierta, dado el número del enemigo y el estado calamitoso de los españoles, fué resuelta a favor de éstos al eliminar Cortés y el capitán Juan de Salamanca al caudillo mejicano. Estos, viendo abatido el estandarte y muerto a su capitán general, huyeron a la desbandada.

LA SEGUNDA CONQUISTA DE MEJICO

En Tlaxcala comenzó a rehacerse la malparada tropa. Mientras, los mejicanos remitieron a todo el imperio emisarios solicitando ayuda y alianzas. Los embajadores de Cuitlahuac, el nuevo emperador, llegaron también a Tlaxcala proponiendo una alianza, que no se efectuó, aunque algunos eran partidarios de ella.

Los españoles, entre tanto, se veían favorecidos por nuevos refuerzos. Varios navíos, de distinta procedencia, llegaron con soldados y alimentos. Para no mantener al ejército en la ociosidad, organizó Cortés campañas contra *Tepeaca*, donde fundó *Segura de la Frontera*. La campaña tuvo tanta importancia desde el punto de vista estratégico, pues era preliminar para la gran operación contra Méjico, como desde el punto de vista social, ya que durante ella se estableció la esclavitud por los españoles. Lentamente recobraba Cortés el prestigio. Su plan militar consistía en no dejar enemigo alguno a la espalda e ir estrechando poco a poco el cerco de Méjico.

Un elemento inesperado ayudó su campaña: la viruela. La enfermedad hizo estragos entre los indios y en el mismo emperador Cuitlahuac, quien fué sustituído por *Cuautehmoc*. El joven mandatario comenzó a preparar activamente la defensa de Méjico.

Por su parte, Cortés hacía alarde de tropas, encontrándose con quinientos soldados de a pie y cuarenta de a caballo. Considerando que era un elemento necesario para el ataque, decidió construir algunos bergantines para bloquear la ciudad del lago (Méjico).

El 26 de diciembre de 1520 abandonó Tlaxcala, camino de Tezcuco. En esta ciudad se botaron los barcos a finales de enero del siguiente año. Ocho mil cargadores indígenas los habían traído de Tlaxcala escoltados por veinte mil guerreros tlaxcaltecas.

Desde Tezcuco inició Cortés una serie de reconocimientos previos. En este intervalo, un contratiempo inesperado casi echa a perder su obra: la conjuración de los partidarios de Narváez. Una vez abortado el complot y castigado el jefe, prosiguió la distribución de fuerzas para el sitio final. Una columna, con centro en Tacuba, tuvo por jefe a Alvarado. Otra, capitaneada por Olid, situó su campamento en Coyoacán. La tercera porción quedó destinada a Iztapala, bajo el mando de Sandoval. A esto se añadía la flotilla de trece bergantines. La triple alianza antimejicana, integrada por Tlaxcala, Cholula y Guajocinco, contribuyó con miles de soldados.

El cerco comenzó formalmente, dejando abierta la calzada de *Tepeyac* con la esperanza de que por ella evacuaran la ciudad. La primera operación consistió en cortar el acueducto de *Chapultepec*, que llevaba agua a los sitiados. Los asaltos iniciales no dieron resultado, por lo que se cambió de táctica. La calzada de Tepeyac fué cerrada y se ordenó un avance asolador. Los barcos, por su parte, impedían toda entrada de vituallas por agua. Cuarenta días llevaban de ataque cuando Cortés ordenó un asalto general. Era el 28 de julio de 1521. Todo el empuje se concentró sobre el barrio de *Tlalteloco*, fracasando totalmente el empuje, y el mismo Cortés aseguró la vida, ya prisionero, a cambio de la de Cristóbal de Olea, que lo había salvado en otra ocasión.

La miseria se apoderaba de los sitiados, reducidos ya a un barrio. Unas y otras propuestas de paz fueron rechazadas por éstos. Cortés ordenó la carga final el 13 de agosto. El rápido avance obligó a los sitiados a refugiarse en las canoas. Una de ellas llevaba a Cuautehmoc, que fué capturada por el maestre García Holguín. Con la prisión de Cuautehmoc, último Emperador azteca —águila que cae—, concluía la conquista de Méjico-Tenochtitlán.

Pedro de Alvarado, después de la segunda conquista de Méjico, permaneció junto a Cortés, quien lo remitió a Veracruz con el fin de tratar con Cristóbal de Tapia. A los muchos obstáculos que se oponían al rehacer cortesano vino a sumarse el personificado en Tapia, que llegaba de la metrópoli con autoridad sobre la Nueva España. Era una jugarreta más que el obispo Fonseca, sempiterno enemigo de Cortés, le jugaba a éste. Alvarado, con otros más, logró convencer a Tapia y liquidar así tan espinoso asunto. Tapia se reembarcó. Y Alvarado regresó a Méjico, de donde partió el 31 de enero de 1522 con el fin de conquistar *Tututepeque*.

Doscientos infantes, cuarenta soldados a caballo, indios y dos cañones componían el ejército que avanzó hacia el Sur y encontró un agradable recibimiento por parte del señor de Tututepeque. Un eslabón más a la cadena de crueldades atribuídas a Pedro de Alvarado se forjó en esta campaña. Alvarado sospechó de las intenciones del cacique por lo que lo apresó y dejó morir en prisiones. Exploró toda la zona y llegó hasta el mar. De regreso en Méjico fué comisionado por Cortés a realizar la anexión de la tierra del *Quetzal* (Guatemala).

HACIA LA TIERRA DEL QUETZAL

Por aquellos años el continente contaba ya con más de un núcleo expansivo. México y Panamá definían su futuro papel como focos expansivos. Los hombres que cruzaron el istmo en 1513, y fundaron Panamá en 1519, se habían lanzado luego hacia las tierras del Norte y hacia los mares del Sur. También Cortés, con magnífica visión política, comprendió que a la ciudad del Anahuac habrían de someterse las tierras situadas al Norte y las que se extendían al Sur. De este modo la corriente penetrativa que, partiendo de Panamá, se dibujó hacia el corazón de la América Central, chocó con la que, tomando a Méjico por base, se lanzó al Sur. Unos mensajes amistosos llegados desde Guatemala ofrecieron vasallaje a Cortés. Eran los *cakchiqueles* de *Iximché* o *Quauhtemallan* (lugar de árboles), los que, en oposición a los *Quichés* de *Utatlán*, ofrecieron buena amistad a los hispanos de Méjico.

Cortés comisionó a Pedro de Alvarado con el fin de que realizara la conquista de Guatemala, pero algo imprevisto demoró la partida y desplazó a las tropas de Alvarado y su jefe a otro campo de batalla. Fué ello la aparición por tierras del *Pánuco* del gobernador de Jamaica, Francisco de Garay. Cortés había anexionado ya tal región, a la cual ahora aspiraba igualmente Garay, respaldado por despachos reales. Apenas pudo entrar en contacto la hueste de Alvarado con la de Garay, ya que en un barco arribó una real cédula excluyendo al gobernador jamaicano de la jurisdicción del Pánuco. Zanjadas estas diferencias, da principio a la vida plena, como jefe único, de Pedro Alvarado. Va a dejar de ser un capitán más de la hueste cortesiana para transformarse en todo un jefe. Da principio a la segunda fase de sus actuaciones. Hasta ahora su campo de acción ha sido: Península-Antillas-Méjico; ahora será: América Central-Perú-Méjico. También recalará por la península, pero será de paso, por así decirlo. Se va a transformar en Pedro de Alvarado, «el conquistador de Guatemala».

México. Diciembre de 1523. Lo que

pasó el día 6 de ese mes y año nos lo cuenta Hernán Cortés: «Le despaché de esta ciudad (a Pedro de Alvarado) a seis días del mes de diciembre de 1523 años; y llevó ciento de a caballo; en que, con las dobladuras que lleva, lleva ciento y sesenta caballos y trescientos peones...» Con estas fuerzas hispanas, que comanda Alvarado, iban tropas indígenas auxiliares de mejicanos, culúas y tlaxcaltecas, las cuales tomarían parte activa en la conquista y poblarían las nuevas tierras incorporadas. Entre los españoles figuraban los hermanos del capitán: Jorge, Gonzalo y Gómez; sus primos Hernando y Diego; don Pedro Portocarrero, brazo derecho; dos capellanes, el Padre Juan Díaz y el Padre Juan Godínez. Los dos sacerdotes iban como capellanes de guerra y como evangelizadores. La presencia de estos elementos religiosos dentro de los ejércitos indianos quedó fijada años más tarde por una Real Providencia dada desde Granada (1526). Los clérigos intervendrían en la medida que hemos referido y como consejeros de los capitanes. Actuando de este modo «al servicio de las dos Majestades» (Dios y el Rey), como dicen siempre los clérigos en sus Relaciones de Servicio y Méritos, ayudaban a conquistar las «Indias de la tierra», mientras ellos «las Indias del Cielo», como diría el venezolano Mariano Picón-Salas.

En la lámina 74 del *Lienzo de Tlaxcala* aparece perfectamente dibujada la expedición de Alvarado rumbo a Soconusco. Pero es en el *Códice Baranda*, del Museo Nacional de Méjico, donde se ve con más detalles al «hijo del sol» en compañía de su hueste.

En el primer encuentro que las tropas representadas en estos primitivos dibujos tuvieron con los naturales de Soconusco obtuvieron una amplia victoria. Fué en Tonalá. Hay historiadores que desmienten este choque armado de Soconusco. Afirman que los hispanos y aliados fueron recibidos de paz y que allí Alvarado se apoyó para la invasión del *Quiché*. Este territorio se extendía a lo largo de la costa del Pacífico, y sobre él se lanzaron los españoles el 13 de febrero, a través de tierras fragosas y boscosas.

Los derrotados quichés —si es que lo fueron— no se arredraron por el fracaso. Tampoco les acobardó los funestos vaticinios que sus sacerdotes le hicieron. A la sazón gobernaban el reino Quiché los señores *Oxib-Queh* y *Beleheb-Tzii;* el primero actuaba como soberano, o *Ahau-Ahpop*, y el segundo era su adjunto o coadjutor con el título de *Ahpop-Camhá*. Dos Dignatarios más completaban el gobierno, uno de ellos era el caudillo *Tecun Umán* (el anciano), con el título de *Nim Chocoh Cavek* o *Gran elegido del Cavek*. A él le correspondía el mando supremo de las fuerzas quichés y hacer frente a Pedro de Alvarado, que se acercaba.

En *Churi-Mepená* (Totonicapán), el jefe militar quiché agrupó a los contingentes enviados por los caciques aliados y feudatarios. De la capital del reino Quiché, Utlatlan, salió el ejército indígena en busca de los españoles.

Alvarado, después de los primeros encuentros, siguió por *Xuchitepec*, cuya provincia invade y derrota a los indígenas en *Zapotitlán*. Pacificados los indios de Zapotitlán, los hispanos se dedicaron a «correr la tierra» por dos días, al cabo de los cuales decidieron internarse hacia los centros más poblados del territorio quiché. La marcha la emprendieron el 19 de febrero, rumbo al Norte, ascendiendo la pendiente ribera del río *Samalá*.

De allí prosiguió a *Tzakana*, entrando en esta ciudad tras ardua lucha. Batalla que recibió el nombre de *Quetzaltenango* (recinto amurallado de Quetzales), nombre que las tropas aliadas mejicanas dieron a Tzakana al pie del volcán *Santa María*.

Pocos días después el ejército castellano tuvo una fuerte colisión con los tropas de Tecun-Umam; combate reñido, pero negativo para los indios, que perdieron a su caudillo (batalla de *Xalauhu* para unos, y de *Pachah* para otros). Hoy estos llanos, escenario de la batalla, se conocen con su equivalente español de El Pinar. La historiografía de ambos bandos no difiere en la narración de la lucha. El cronista indígena introduce el elemento fantástico contando que Tecun-Uman se convirtió en águila cubierto de plumas de quetzal, y con tres coronas de pedrerías alzó el vuelo y cayó sobre el capitán hispano, errando el tiro y matando sólo al caballo. Visto esto, alzó por segunda vez el vuelo y se precipitó sobre Alvarado, pero éste le aguardó con su lanza enhiesta y lo atravesó de parte a parte, dándole muerte. Este y otros episodios legendarios se formaron en torno a la batalla de El Pinar trascendiendo a las historias. La derrota produjo en Utlatlan una penosa impresión. Los jefes reconocieron que toda resistencia armada era inútil y que sólo la astucia y engaño podían eliminar al intruso. El plan consistía en invitar a los españoles a que entraran en su capital, y ya dentro quemarlos con ella. Informado Alvarado de la traición, no accedió a entrar, vivaquea en las afueras, y decide arrasar la ciudad como castigo. «E como conocí de ellos —escribe a Cortés— tener mala voluntad al servicio de S. M., y para el bien y sosiego desta tierra, yo los quemé e mandé quemar la ciudad y poner por los cimientos porque es tan peligrosa y fuerte que más parece casa de ladrones que no de pobladores.» Así, con esta frialdad con que escribe, realizó su designio y eliminó al más poderoso y civilizado imperio de Centro-América. Los reyes del Quiché fueron quemados el día 1 *Qat*, según el calendario indígena, correspondiente al lunes 7 de marzo de 1524. Siguió la destrucción de la ciudad. Constituye este episodio el más doloroso de la conquista. La historiografía india silencia el hecho y sólo el *Popol Vuh*, especie de Biblia indígena, termina la narración de las glorias pasadas con el siguiente lamento: «Así acabaron todos los del Quiché, que hoy se llama Santa Cruz.» La conducta de Alvarado se explica si recordamos su experiencia de Cholula, su continua desconfianza y, por tanto, su táctica de adelantarse a los designios del enemigo astuto. Como Cortés, en Méjico, y como Pizarro, en el Perú, comprendió la necesidad de mantener, aunque sólo fuera una pantomima de poder indígena, y puso al frente del reino Quiché a dos hijos de los jefes recién muertos, es decir, lo que hoy llamaríamos «un gobierno títere».

Mientras los representantes de un reino morían, el hombre que había ordenado su ejecución veía nacer, en tierra quiché, a una hija de su mujer tlaxcalteca doña Luisa Xicontecatl.

Cuatro mensajeros envió Alvarado a los señores de *Atitlán* ofreciéndoles la paz, pero éstos se limitaron a matar a los enviados. A mil kilómetros de Méjico, Alvarado temía por su situación. En carta a Cortés le rogaba hiciese procesiones para que Dios le diera la victoria, y le pedía herrajes para los caballos. Le anunciaba que el mismo día, lunes 11 de abril de

1524, salía para Guatemala, la *Quauhtemallan* azteca que los cakchiqueles llamaban *Iximché*.

Los hispanos abandonaron Utatlan el día citado, y subiendo por la cordillera que atraviesa el país, llegaron el día 13 a la capital cakchiquel. El analista indígena dice que «Los reyes Belché-Qat y Cahi-Imox salieron al punto a encontrar a Tunatiuh. El corazón de Tunatiuh estaba bien dispuesto para con los reyes... No había habido lucha, y Tunatiuh estaba contento cuando llegó a Iximché... De esta manera llegaron antaño los castellanos, ¡oh, hijos míos! En verdad infundían miedo cuando llegaron. Sus caras eran extrañas. Los señores los tomaron por dioses. Nosotros mismos, vuestros padres, fuimos a verlos entrar en Iximché». (Memorial de Sololá, conocido también por *Anales de los Cakchiqueles*. Escrito para lograr de los españoles la devolución de las propiedades indígenas.)

En su segunda carta a Cortés, Alvarado escribe: «Fuí muy bien recibido de los señores de ella (Iximché), que no pudiera ser más en casa de nuestros padres; y fuimos tan proveído de todo lo necesario que ninguna cosa hubo falta.» Con tan magnífica predisposición el caudillo hispano preguntó a los reyes cuáles eran sus enemigos. «Dos son nuestros enemigos, ¡oh Dios!, los zutujiles y los de Panatacat» (Escuintlan). A la respuesta siguieron indicaciones sobre la situación de tales pueblos y, lógicamente, la marcha guerrera sobre ellos. Fué a los cinco días de haber llegado a la capital cakchiquel. El día 7 *Camey* (18 de abril) fueron destrozados los zutujiles de Atitlán por Tonatiuh.

A esta sumisión siguió la del pueblo de *Izcuintepeque*. Por sorpresa fué tomado y destruído. Como prueba del legalismo del momento vale la pena hacer mención que esta dominación por sorpresa, sin previo requerimiento, fué uno de los cargos que en 1529 se le hicieron a Pedro de Alvarado. Y el mismo Bernal Díaz escribe sobre el particular: «y sin ser sentidos da una mañana en ellos, en que hizo mucho daño y presa, y valiera más que no lo hiciera sino conforme a justicia, que fué muy mal hecho y no conforme a lo que mandó Su Majestad».

LA EMPRESA DE CUZCATLAN

Concluída esta parte de la campaña, prosiguió por la costa del Pacífico hasta penetrar en el actual El Salvador por *Sonsonate;* siguió la línea del litoral hasta *Chaparrastique* (San Miguel). En *Acajutla* fué herido en un muslo, quedando ya cojo para siempre. La resistencia que encontraba era enorme y el invierno se le echaba encima. Después de ocupar *Cuzcatlán* regresó a Iximche bajo las lluvias torrenciales del trópico, que le impedían las operaciones. Una vez en la capital cakchiquel acuerda fundar la *Villa de Santiago de los Caballeros de Guatemala* (25-julio-1524), más tarde trasladada al valle de *Almalonga* (1527) y luego al valle de *Panchoy* (1542).

Siete meses y diecinueve días hacía que había abandonado México, y ya en ese entonces había reconocido la tierra hasta los confines de *Cuzcatlán* (El Salvador), y dominado a las monarquías de los Quiché, Cakchiqueles y Tzutohiles o zutujiles en una campaña-relámpago, que culminaba con la fundación de una capital-base, sede de futuras expansiones y con-

quistas. Fray Antonio de Remesal hace una brillante descripción del acto fundacional sirviéndose de los pocos documentos que halló en su época y de su imaginación. *(Historia de la provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala.)*

Creyendo terminada la conquista, las tropas aculhuas o culúas y mejicanas emprendieron el regreso, dejando a Pedro de Alvarado en Iximché. El capitán español quedaba sintiendo cierta decepción por lo infructuosa que había sido la campaña de Cuzcatlan. Apenas habían recogido riquezas. Injustamente, olvidando la prestación hecha por los cakchiqueles, impuso a éstos un fuerte tributo en oro entregable en plazo fijo. Las exigencias de Alvarado motivaron la rebelión. El pueblo cakchiquel se alzó, y sus reyes, *Cahi-Imox* y *Belché-Qat*, abandonaron la capital para no sufrir la muerte. Conociendo, como conocían, ya la táctica hispana de lucha, los soliviantados pudieron hacer frente con éxito a la campaña represiva.

La disminución de tropas hizo que Alvarado suspendiera el castigo de los rebeldes y abandonara Iximché, retirándose a *Xepau*, lugar que los mexicanos llamaron *Olintepeque*, unos kilómetros al norte de Quetzaltenango.

Parece ser que en noviembre de 1524 don Diego de Alvarado, hermano del Adelantado, volvió a Cuzcatlán al mando de una expedición y fundó la villa de *San Salvador* en el paraje de la *Bermuda*, luego trasladada a su sitio actual. En 1526 debía estar el reino pacificado, pues cuando Alvarado recibió cartas de Cortés, ordenándole se trasladara a Honduras, cruzó por El Salvador.

Por el mismo tiempo tenía lugar el asalto a la fortaleza de *Mixco*. Este mismo año de 1525 se llevó a cabo la conquista del territorio de los indios *mames*, situado entre el reino Quiché, en Chiapas, bajo la dirección de Gonzalo Alvarado. Así mismo, y bajo el comando de Pedro de Alvarado, se verificó una expedición a los indios Lacandones, que los caudalosos ríos y las selvas espesas frustró.

Cinco años iba a durar la rebelión de los reyes cakchiqueles. Fué en mayo de 1530 cuando depusieron su actitud hostil y se avinieron a someterse y pagar tributo.

En ese lustro tuvo lugar el viaje a Honduras por indicación de Cortés, que había venido de Méjico a castigar al rebelde Francisco de las Casas. En los primeros días de febrero de 1526, después de dejar el mando en su hermano Gonzalo, abandonó Alvarado el territorio. Un grupo de sesenta soldados desertaron creyendo inútil la expedición y procesaron a Alvarado, ejecutándolo en efigie. Este, mientras, dejaba atrás las tierras de Cuzcatlan y se internaba en Honduras hasta llegar a *Choluteca*, donde se topó con el capitán Luis Marín. Ambas huestes confraternizaron y se contaron las mutuas hazañas y penalidades. A Alvarado le supo bien saber que Cortés se había ya embarcado rumbo a Méjico, donde las cosas no marchaban bien y donde se le suponía muerto.

Unidas las tropas de Marín con las de Alvarado, iniciaron el regreso a Guatemala. No sabían que la rebelión general les aguardaba. En efecto; quizá por desmanes de Gonzalo de Alvarado, los cakchiqueles, ya alzados, habían propagado la rebeldía a Cuzcatlán. Desde estos días de 1526, en que la estación lluviosa casi impedía el tránsito de los guerreros, hasta mayo de 1530, Pedro de Alvarado tuvo

tiempo para ir a España, casarse con doña Francisca de la Cueva, considerando, seguramente, irregular su matrimonio con la princesa tlaxcalteca Luisa Xicontecalt. Así ganó el apoyo del secretario del Consejo, Francisco de los Cobos, pariente de la familia Cueva. Tuvo tiempo también para obtener el hábito de Santiago en grado de Comendador y el título de Gobernador y Capitán General de Guatemala (diciembre, 1527) con jurisdicción sobre tierras que afectaban a las que otro Adelantado tenía concedidas: a Yucatán. Cuando regresó de España pasó por Méjico, donde enterró a su esposa, muerta por los sufrimientos del viaje. A esta amargura íntima se unió la que le produjo el procesa que se abrió en Méjico por Nuño de Guzmán, presidente de la primera Audiencia mejicana. El anuncio del retorno de Cortés como Capitán General y de la Segunda Audiencia acabó con los sinsabores de Alvarado, que el 11 de abril de 1530 pudo presentarse ante el Cabildo guatemalteco. Toda la tierra estaba ya completamente pacificada, y los indios, que habían resistido tenazmente «bajo los árboles, bajo los bejucos», llegaron hasta el capitán hispano y le ofrecieron la plena sumisión.

POR EL MAR DEL SUR, AL PERU

Desde el año 1527, que estuvo en España, había prometido a Carlos I la construcción de una flota para descubrir hacia el Sur del Mar de Balboa. Es inexplicable esta inquietud de que hacen gala los conquistadores. Ninguno quiere permanecer sedentario en las tierras primeramente ganadas. Jiménez de Quesada se mueve persiguiendo Eldorado, más que fantasma; Pedro de Valdivia no se siente bien en sus posesiones de Charcas, y se va a Chile; tampoco Gonzalo Pizarro, y se va a la Amazonia; Cortés no cesa de lanzar expediciones al Norte y al Sur, por tierra y por mar; este Pedro de Alvarado no está tranquilo hasta que no cruza el Ecuador o marcha a morir a Nueva Galicia. ¿Qué les impele de este modo? ¿Las riquezas? ¿La fama y la honra? ¿El servicio al Rey? ¿El proselitismo religioso? Todo a un tiempo les mueve. La voz de Bernal Díaz nos pone un fondo a estas preguntas: «Todo lo trascendíamos, todo lo queríamos saber». Y Gómara, su enemigo, al que «untaron las manos», según él, lo completa en su aclaración explicando que «la causa principal a que nos venimos a estas partes es por ensalzar y predicar la fe de Cristo, aunque justamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas veces caben en un saco». Edad Media y Renacimiento. El hombre teocéntrico del Medievo ve un motivo religioso en la conquista, como lo fué la lucha secular contra el infiel sarraceno; pero el nuevo tipo humano, renaciente, que también habita en él, no olvida la fama, el recuerdo que hay que dejar a la posteridad para aclarar la razón de sus actos.

En la próxima actividad de Alvarado deben haber influído las noticias llegadas del Perú y sus asombrosas riquezas. Contra ella se había pronunciado la Audiencia de Méjico, que le había recomendado «entendiese en su gobierno y no en hacer armada ni descubrimiento sin tener licencia para ello». Era un parecer razonado. Pero Alvarado no lo tomó en cuenta, y en el puerto de *Iztapa* preparó la flota a toda prisa. Jarcias, velas, anclas, etc., fueron

traídas en hombros indígenas desde el Atlántico (*Trujillo* y *Puerto Caballos*) al Pacífico. De Méjico y Yucatán llegaban españoles a enrolarse. El primitivo plan de Alvarado era ir a las Islas Molucas, mas los consejos de los que le rodeaban y las noticias que un piloto, compañero de Sebastián de Belalcázar en la conquista de Quito, le trajo sobre el Imperio de los Incas, le inclinaron al Sur.

En el actual puerto de *Corinto* soltó velas la armada el 23 de enero de 1534. Iban con él muchos indios, que sacó a la fuerza y, entre los españoles, su hermano Gómez, su hijo Diego, sus primos Diego y Alonso, el capitán Garcilaso de la Vega, que se casaría en el Perú con una princesa inca..., etc. Y otro personaje célebre también marchaba en la armada como uno de los capellanes: fray Marcos de Niza, el fantaseador de *Cíbola*. La ruta a seguir era la acordada en las Capitulaciones: la de Oriente, hacia las Islas de la Especiería. Pero « las corrientes fueron tan grandes y los tiempos tan contrarios», afirma él mismo en una carta al César Carlos, que tuvo que seguir hacia el Perú (?). De este modo llegaron al puerto ecuatoriano de *Caraques*, desde donde se trasladó a *Puerto Viejo* y preparó la marcha sobre Quito.

Fué horrible. Ríos y selvas se opusieron. Puentes y machetes eliminaban estos obstáculos. Faltaron las provisiones y la sed los mataba. Animales y hombres morían sin remedio. Un rosario de cadáveres iba indicando su penosa ruta. De la cordillera andina, como un viento telúrico, llegó una nube de ceniza volcánica que les cegaba. Luego, el frío y la nieve; indios y negros quedaban muertos. Enfermos, rotos, hambrientos y descalzos, proseguían en su empeño. La galga del Alférez Calderón sirvió de manjar exquisito, igual que los potrillos recién nacidos. Un día, al fin, descubrieron un rebaño de llamas. Otro día llegaron a la meseta y, como Federman y Belalcázar cuando arribaron a la Sábana de Bogotá, se encontraron con que otros se les habían adelantado. Sobre la tierra seca se distinguían perfectamente huellas de herraduras. ¿Quiénes eran?

Sebastián de Belalcázar había pasado ya por allí para anexionar el Reino de Quito. Después, Francisco Pizarro, enterado de la expedición de Alvarado, había remitido a su socio Diego de Almagro, con el fin de evitar la realización de los planes que trajese el conquistador de Guatemala. Alvarado, con ochenta españoles menos, con casi todos los indios y negros muertos, con pocos caballos y rodeado de una hueste famélica, desnuda, medio ciego por la refracción solar sobre la nieve, debió sentir una tremenda congoja al ver con sus ojos y tocar con sus dedos temblorosos la hendidura dejada en la llanura de los cascos equinos. Porque se acordó entonces que en la capitulación se le nombraba gobernador «de cualquier parte de tierra firme que hallárades por la dicha costa del Sur hacia poniente que no se haya agora descubierto». Mas allí ya habían llegado compatriotas suyos, que bien pronto hicieron acto de presencia.

Pedro de Alvarado ignoraba lo que su expedición al Sur había ocasionado en el Perú. Conviene, sin embargo, que lo sepamos nosotros.

Francisco Pizarro, cuando marchó sobre Cuzco —1533— había dejado en *San Miguel de Piura* a Sebastián de Belalcázar como lugarteniente suyo. Belalcázar, enterado de los intentos de Alvarado, decidió adelantársele y partió a conquistar el Reino de Quito (fines de 1533). Pizarro, también enterado, envió, como dijí-

mos, a Diego de Almagro, que partió de *Jauja* rumbo a San Miguel de Piura, donde supo la salida de Belalcázar. En vista de ello, siguió la misma ruta de éste hacia Quito. Mientras Alvarado subía desde la costa, Belalcázar y Almagro se unieron para hacer frente a Pedro de Alvarado.

Los dos ejércitos quedaron frente a frente en las afueras de *Riobamba*. Sin entablar lucha, se entrevistaron los jefes y llegaron a un acuerdo amistoso, en virtud del cual, Alvarado, acompañado de los que quisieran seguirle, regresaría a Guatemala, recibiendo por sus barcos y material de guerra la cantidad de 100.000 pesos de oro.

Alvarado aceptó la propuesta, y de Riobamba se dirigió a *Pachacamac*, donde estaba Pizarro. La entrevista fué cordial, y el conquistador del Perú aprobó el pacto, aunque exigió de Alvarado que regresara completamente solo en un navío y sin poder tocar en Panamá. Así lo hizo. Llegó solo y sin gloria a Guatemala el 20 de abril de 1536, pero con intenciones de partir hacia España a exigir satisfacción por los agravios recibidos en el Perú. Una vez más el Cabildo de Santiago de Guatemala opinó que no debía abandonar la gobernación, y le amenazó con quejarse al Rey.

Acató los consejos y se doblo a las amenazas; sin embargo, en su imaginación bullía el plan de ir a la Especiería.El Adelantado soñaba con esto, y proponía al Rey hacer los barcos en España, mientras que la Audiencia de Méjico, enterada de su regreso del Perú, remitía a un oidor, con el fin de tomarle cuentas. El licenciado Alonso de Maldonado, que tal era el oidor, abrió juicio de residencia, lo cual duró cincuenta días y arrojó un saldo nulo. Al final se le autoriza a partir para España, viaje que tenía ya proyectado.

El 27 de julio de 1536, desde Puerto Caballos, el Adelantado se despedía del Cabildo, y les decía: «No voy muy rico de dineros, porque doné los que gané, que es en servicio de Su Majestad, los he gastado, y no pienso ante Su Majestad negociar sino con mis servicios.»

ALVARADO MUERE EN NUEVA GALICIA

El Adelantado Alvarado marchaba a la Corte por segunda vez. En la Península Ibérica contraería nuevo matrimonio con doña Beatriz de la Cueva, hermana de su anterior y fallecida esposa. Dos años después, a principios de 1539, unas naves abandonaban Sanlúcar de Barrameda, llevando a bordo al conquistador, a su esposa y a un lucido grupo de damas jóvenes y nobles. Los barcos fondeaban en Puerto Caballos el Viernes Santo de 1539, y el 15 de septiembre estaban los pasajeros aposentados en la ciudad guatemalteca de Santiago. Había permanecido Alvarado unos cinco meses en Honduras, arreglando, entre otras cosas, algunas diferencias surgidas con Francisco de Montejo, Adelantado del Yucatán y Gobernador de Honduras.

Los planes descubridores de Alvarado le impedían permanecer mucho tiempo en su Gobernación, a la que, sin embargo, dedicó máximos cuidados y favoreció. Estaba preocupado con la organización de una hueste que embarcaría rumbo a la Especiería. A mediados de 1540 la armada dejaba el puerto de Acajutla y se remontaba hacia el norte, bordeando la costa. Primero de septiembre debió ser el día de

la partida, porque a últimos de noviembre ya singlaban el *Michoacán*. (Virreinato de Méjico).

Arribaban las fuerzas del Adelantado en el crítico momento en que se desarrollaba una sublevación indígena en la *Nueva Galicia*. Solicitada su ayuda, Alvarado no dudó en prestarla y determinó marchar sobre *Guadalajara*, que era el punto más amenazado. Pero enterado el Virrey Mendoza de la estancia de Alvarado en el *Puerto de Navidad*, le envió un mensajero citándolo en un lugar intermedio entre la costa y Méjico para tratar asuntos de interés.

El Virrey estaba entonces metido en empresas descubridoras que afectaban al norte del virreinato. Fray Marcos de Niza había ya traído noticias sobre *Cíbola* o *Tzíbola*, el actual Nuevo México, y de sus riquezas. Fantasía pura todo. Pero el Virrey se había entusiasmado y había despachado una expedición por tierra al mando de Francisco Vázquez de Coronado, y otra por mar, que comandaba Hernando de Alarcón. Dentro de estos planes conquistadores, le parecía a don Antonio de Mendoza que Pedro de Alvarado encajaría perfectamente y llevaría a cabo la conquista de las tierras norteñas avisoradas por Fray Marcos.

La entrevista entre ambos personajes tuvo lugar en el pueblo de *Tiripío*, provincia de Michoacán. Aunque hubo «alguna discordia», según el Virrey, ambos hombres se pusieron de acuerdo y suscribieron, el 29 de noviembre de 1540, un «asiento y capitulación para la prosecución del descubrimiento de tierra nueva hecha por Fray Marcos de Niza». Quien ganaba en el convenio era el Virrey, el cual no arriesgaba nada. Alvarado, en cambio, soportaba toda la carga de los acontecimientos. Pero el destino le preparaba una trastada.

Veinte años después de la conquista de Tenochtitlán, en la cual él fué personaje decisivo, abandonaba Alvarado la ciudad de la laguna y se ponía en camino hacia el puerto costero de *Santiago de Buena Esperanza*. Mientras, la rebelión de los indios en Nueva Galicia aumentaba en proporciones alarmantes. El Gobernador, Cristóbal de Oñate, enterado de la cercanía del famoso capitán, le pidió auxilios. De buenas ganas se ofreció el Adelantado. Inmediatamente repartió sus fuerzas, y él, con cien hombres escogidos, marchó sobre Guadalajara, donde entró el 12 de junio.

Los indios alzados se habían fortificado en el pueblo y peñol de *Nochistlán* y en la sierra de *Juchipilla* y del Mixtón. Aunque llovía fuertemente, imposibilitando las operaciones de la caballería, Alvarado determinó atacar a los indios, pues «en cuatro días quería allanar la tierra, por convenirle embarcarse para su viaje». Oñate le hizo ver las inconveniencias de operar con tal tiempo, y Alvarado le contestó: «Vergüenza es que cuatro gatillos encaramados hayan dado tanto tronido que alborotan al reino.» Y agregó más adelante: «Ya está echada la suerte, yo me encomiendo a Dios.»

Las tropas del Adelantado se dirigieron al pueblo de Nochistlán. Marchaban españoles e indios de Michoacan. Unos diez mil indios rebeldes, protegidos por siete albarradas, recibieron a las fuerzas atacantes y las obligaron a retroceder. Era imposible maniobrar. La infantería se enterraba en el fango, y la caballería chapoteaba en las ciénegas llenas de cardones y magueyales. La orden de retirada fué seguida por toda la hueste, que sintió en-

tonces el acoso de la indiada por la retaguardia. Cuando por fin llegaron a terreno firme, estaban en una quebrada por donde corría un río, entre los pueblos de *Ayahualica* y *Acacico*. Las tropas comenzaron a subir una áspera pendiente para salir de la quebrada. Delante, preso de pánico, marchaba el escribano Baltasar de Montoya sin hacer caso de los gritos que le daban para que se sosegara. A nada atendía Montoya y espoleaba a su cabalgadura hasta que ésta dió unos pasos en falso y cayó rodando sobre los hombres que venían detrás. Uno de éstos era Pedro de Alvarado, sobre quien dió de lleno el animal, pues la armadura le restó agilidad. El choque fué tan violento que el Adelantado entró en rápida agonía. Dióse cuenta de su final, y cuando le preguntaron qué le dolía, contestó: «El alma».

Con toda urgencia lo trasladaron a Guadalajara, donde el 4 de julio de 1541 moría el conquistador de Guatemala, El Salvador y otras tierras.

INDICE

	Págs.
Dramatis persona	3
El vivero antillano	5
Con Cortés a Méjico	7
De Veracruz a Tenochtitlán	10
En Méjico.—Tenochtitlán	14
Alvarado actúa: La noche triste	16
La segunda conquista de Méjico	17
Hacia la tierra del Quetzal	19
La empresa de Cuzcatlan	22
Por el mar del Sur, al Perú	24
Alvarado muere en Nueva Galicia	26